

ESPAÑA Y PORTUGAL CONMEMORAN EL IV CENTENARIO DE FRANCISCO SUAREZ

LAS SOLEMNIDADES PRINCIPALES SE CELEBRARON EN MADRID, GRANADA Y COIMBRA

ENTRE los días 16 de octubre y 1 de noviembre se han celebrado los importantes actos conmemorativos del IV Centenario del Doctor Eximio, Padre Francisco Suárez, gloria de España y de la Compañía de Jesús.

Bajo la presidencia del Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, y con la intervención de muy destacadas y relevantes personalidades del mundo de la cultura, especialmente de filósofos y teólogos, no sólo españoles, sino de muchos países extranjeros, se desarrollaron las solemnidades, que culminaron en Coímbra, desde cuya cátedra irradió el genio de Suárez.

En Granada, tierra natal del gran teólogo, fué inaugurada el día 16 la Facultad de Filosofía y Letras, bajo la presidencia del Ministro, a quien acompañaron los Directores generales de Propaganda, D. Pedro Rocamora, y Enseñanza Universitaria, señor Alcázar, en unión de las autoridades académicas, celebrándose una sesión extraordinaria del Claustro en el edificio de la nueva Facultad, que es el antiguo Palacio del Conde-Duque. El Ministro, en su discurso, esbozó un esquema del plan cultural desarrollado por el nuevo Estado.

A la conmemoración suareciana dió comienzo el envío a la Santa Sede de un telegrama en el que el Ministro y la Comisión Permanente del Centenario ofrecían al Augusto Pontífice testimonio filial de adhesión y acatamiento.

En la Curia Eclesiástica, antigua Universidad granadina, se celebró una sesión, bajo la presidencia del Ministro, el Rector de la Universidad de Granada, el Vicerrector de la de Coimbra y autoridades, en la que se rindió homenaje por la Universidad a la memoria de Suárez. El Ministro de Justicia, D. Raimundo Fernández Cuesta, tuvo a su cargo el discurso inaugural, en el que, después de exaltar magistralmente las glorias de Suárez, en su aspecto filosófico y jurídico, destacó sus votos por que la colaboración que suponía la presencia de las representaciones extranjeras fuera fructífera para la ciencia, que no tiene fronteras, y redundara en la mayor gloria de Dios.

En Madrid, el día 20 se celebró una reunión magna en el Salón de Actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de la calle de Medinaceli, presidiendo el Patriarca de las Indias, como Director del Instituto «Francisco Suárez»; con el Embajador de Portugal; Subsecretario de Educación Popular, quien representaba al Ministro de Educación, y otras personalidades.

El Director General de Propaganda, D. Pedro Rocamora, Presidente de la Comisión Permanente del Centenario, pronunció un discurso en el que glosó la personalidad y la obra de Suárez.

DISCURSO DE D. PEDRO ROCAMORA

Los admiradores seculares de la figura del Doctor Eximio —comenzó diciendo el Sr. Rocamora— no podemos menos de subrayar con júbilo que los trabajos del presente Centenario están ajustados a las exigencias más rigurosas de la técnica moderna de la especialización y al mismo tiempo acomodados a la inteligencia y al interés del hombre actual. Como culminación de todos ellos importa destacar que la actitud suareciana es el mejor reflejo del espíritu español y de nuestra manera de concebir el mundo. Suárez, expositor incomparable del principio ignaciano «el hombre

es criado para servir a Dios», es al mismo tiempo acérrimo defensor de la libertad humana. De este modo el valor absoluto de los grandes principios filosófico-teológicos, la base del respeto máximo a las criaturas en su camino de ascensión hacia Dios. De ahí la base fundamental de la moral cristiana, que Suárez fué el primero en organizar con perfecta estructura científica. El Sr. Arzobispo de Granada —continuó diciendo D. Pedro Rocamora— defendió la santidad de Suárez como superior a su misma ciencia. En este punto, que para mí ha de ser el más trascendental de esta conmemoración, me importa proclamar que los resultados obtenidos son ya suficientes para sugerir en torno a la figura del jesuíta granadino conclusiones de importancia. Los actos del Centenario, que ya para estas fechas han aportado unas tres mil páginas de estudios profundos, admiten la controversia y la discusión. No queremos para Suárez, ni para la Iglesia, ni para España laureles mal ganados. Vosotros, señores assembleístas, sois los primeros en querer que los méritos de Suárez sólo se proclamen después de la rigurosa solemnidad del juicio contradictorio. Este se proseguirá en las etapas sucesivas de nuestro homenaje al Doctor Eximio. Los datos que acabamos de registrar, aunque dolorosamente concisos e incompletos, bastan ya para que, desde un punto de vista español —único que en estos momentos debo tener en cuenta—, adoptemos posiciones respecto a la política cultural relativa a Suárez y al pensamiento postridentino, que, indudablemente, como consta por vuestros trabajos, tiene en el Doctor Eximio su máximo representante. Nuestro deber es incorporar a la historia del pensamiento humano la cultura católica de estos cuatro últimos siglos, iniciada solemnemente en Trento y elevada a su máximo esplendor por Suárez y la legión de sabios y de santos que florecieron en su siglo. Hace dos siglos, por la labor ingente de los Maurinos franceses, de los Bolandistas belgas y de autores insignes, como el italiano Baronio, que les precedió, y el jesuíta español del XVIII P. Arévalo, quedó rehabilitada como prestigio inmarcesible del catolicismo la literatura patristica, comenzando por los Padres Apostólicos y llegando a San Isidoro de Sevilla. Sabios alemanes, belgas y franceses —recorde-

mos los nombres de Ehrle, Baeunker, Grabmann— han rehabilitado el prestigio cultural de la Edad Media. El Monumenta de los jesuitas españoles, con el epistolario de San Ignacio y la colección de las actas del Tridentino, han rehabilitado la restauración católica en la primera mitad del siglo xvi. La continuidad cultural del Cristianismo aparece, señores asambleístas, cada vez más imponente en su grandeza, duración y calidad. A vosotros os toca, investigadores suarecianos, caballeros del saber, llenar la laguna que aún queda desde el siglo xvi hasta nosotros, estudiando a Suárez y la constelación de sabios que brillaron con él y en torno a él. Os toca restaurar de este modo el concepto de cristiandad, hoy maltrecho. España, políticamente, no puede hacerse representante de ese concepto en forma exclusiva, aun cuando se glorie de haberlo heredado. Nuestro concepto de hispanidad, expresión modesta de la Cristiandad, cederá a ésta el lugar cuando hayamos logrado rehabilitar el prestigio que se le debe. Tal es la actitud de España en cuanto a Suárez; no nos toca ceñir sus sienes con la aureola definitiva de la virtud y de la ciencia. Es deber nuestro acatar el veredicto de las instituciones y autoridades científicas y el de la Jerarquía Eclesiástica. Pero no podemos permitir que, por ser español, por pertenecer a la Compañía de Jesús, se le desfigure y se le arrincone. El bien común de la nación y del mundo nos obliga a poner en juego todos los medios de que disponemos para que la verdad y la virtud, tesoro supremo de los pueblos, sean conocidas y respetadas. Sólo me resta el hacer votos para que las etapas siguientes del IV Centenario sigan siendo fecundas en resultados y para que, fraternalmente unidos los representantes de España y de Portugal, de la Argentina y de Méjico, de Italia, de Francia, de Bélgica, de Alemania y de Inglaterra y de los Estados Unidos, podamos presentar con la mayor emoción de nuestro espíritu ante la Virgen de Fátima una guirnalda de flores suarecianas, para que ella de nuevo pueda decir con maternal cariño: *Bene de me scripsit Franciscus*. Francisco Suárez escribió bien de mí.

Después habló el profesor Gascón y Marín, para testimoniar que la Asociación Francisco de Vitoria» participaba en la conmemoración, comentando algunos aspectos de la obra «De Legibus», y seguidamente el Director de *Criterio*, de Buenos Aires, profesor Dell'Oro, expresó la unión a los actos por parte de la Fundación «Vitoria-Suárez» argentina.

El Patriarca clausuró la sesión con una síntesis de las principales características de la obra de Suárez en la Teología y en la Filosofía.

Otro acto importante, celebrado en Madrid, fué la sesión pública y solemne de la Real Academia de Jurisprudencia, bajo la presidencia de D. Esteban Bilbao, Presidente de las Cortes y de dicha Corporación; con el Ministro de Justicia, Sr. Fernández Cuesta; Embajador de Portugal, Sr. Carneiro Pacheco, y otras muchas personalidades.

El académico y catedrático D. Wenceslao González Oliveros trató de la influencia del pensamiento de Suárez en lo teológico, lo filosófico y lo jurídico, y el catedrático de París M. Marcel Sibert trató del tema «Paralelo entre Suárez y Bodino». Por último, el Presidente de la Academia, Sr. Bilbao, ensalzó la figura de Suárez, entonando un canto a las grandes aportaciones de España al pensamiento universal a través de sus grandes genios católicos.

Los actos de clausura se celebraron en Coimbra, en presencia del Ministro de Educación Nacional de España, Sr. Ibáñez Martín, presidiendo la reunión en la Universidad el Rector y asistiendo los Ministros de Asuntos Exteriores y Educación portugueses, catedráticos e investigadores de doce naciones y numerosas personalidades españolas y portuguesas. Pronunciaron discursos el profesor Joaquín de Carvalho y el Padre Elordúy.

El Ministro de Educación español comenzó su discurso —que transcribimos en otras páginas de este número—, evocando la importancia que para la historia del pensamiento portugués tiene la ciudad de Coimbra, rindió un tributo de agradecimiento al Gobierno portugués, y muy particularmente a la figura del Presidente de la República, y después glosó diferentes aspectos relacionados

con Suárez, así como de la unión espiritual entre España y Portugal en la época del gran teólogo, terminando con la proclamación de que Dios es para la España suareciana de hoy la causa suprema de nuestra mejor legitimidad política.

El Rector de la Universidad de Coimbra, D. Maximino Correia, hizo un estudio entusiasta de la obra suareciana y ensalzó la personalidad del Ministro de Educación español.

Estas fueron, entre otros muchos actos celebrados en ciudades españolas, las principales efemérides de esta conmemoración de una de las más inmarcesibles glorias del pensamiento español.

